

Con esto unos se espantaban con la invasión de las doctrinas de Calvino en Italia, y otros se regocijaban de ver reprimida la insolencia del Papa.

Deseaba con ansia Pedro Leopoldo que todos los obispos aprobasen su encíclica, y por haber disentido privadamente muchos de ellos, pensó recurrir á un sínodo; pero antes de convocarlo creyó deber llamar á una conferencia en el palacio de Pitti á los tres arzobispos y quince obispos de sus estados, auxiliado cada uno de los consejeros y cano-nistas que quisieran llevar, no siendo frailes, los cuales debían disponerlo todo para el concilio nacional. Los mas se adhirióron al sínodo de Pistoya, pero algunos se presentaron en oposicion sostenidos por el descontento general del pueblo y de aquellos que se llamaban entonces fanáticos; de modo que Leopoldo se persuadió de que perdería su causa en el sínodo.

Ricci entre tanto proseguía su tarea: hacia recitar salmos en lengua vulgar, cambiaba algunas palabras en el *Ave María*, quitaba á las iglesias los ornamentos preciosos, los breves y las memorias de indulgencias. Por todo esto murmuraba el pueblo contra él, y cuando supo que quería quitar el altar donde los habitantes de Prato veneraban el cinturón de la bienaventurada Virgen, se amotinó, invadió armado el templo cantando y tocando del modo que Ricci había prohibido, quemó el trono y las insignias episcopales, sepultó las pastorales en la misma tierra de donde exhumió las sepultadas reliquias, y se dió á sacar procesiones; rezar letanías y venerar las imágenes por espíritu de oposicion á las órdenes de Ricci. Después se difundieron muchos escritos acusando á este obispo de errores groseros; y propagándose la resistencia por todas partes, hasta en los cabildos de las dos catedrales, se abolieron las reformas, y Ricci, fugitivo, renunció su mitra.

Pío VI hizo examinar el sínodo de Pistoya, en el cual se hallaron doctrinas peligrosas: ocho años duraron las negociaciones con Ricci para atraerlo á una retractacion, y al fin, con la bula *Auctorem fidei*, condenó el papa como heréticas cinco proposiciones de aquel sínodo, y setenta como cismáticas, erróneas, escandalosas, calumniadoras y maliciosas. Ricci denunció al gobierno esta sentencia como injusta; pero entre tanto se había trastornado todo en Italia, aumentándose la saña contra él por suponerle cómplice de los franceses; y finalmente hubo de desdiciarse.

Francisco Beccatini, en una laudatoria y retórica vida de Pío VI, dice [cap. 3.º], que á escepcion de la Turquía el Estado pontificio era el peor administrado. Prohibida en él la exportacion de granos, encadenado el

corte de Roma, que dice se valdria de los frailes y del nuncio para inutilizarlos. Tambien desaprueba el índice de los libros prohibidos, y recomienda muchos que están inscritos en él.

comercio interior, la inspeccion de cereales tenía derecho para comprar lo que quisiera y al precio que mas le acomodase, y con la concesion de licencia para esportar, enriquecía á quien se le antojaba. Mas de una quinta parte de las fértiles tierras que costean el Adriático, estaban incultas, tanto, que se daba facultad á los particulares para cultivarlas por su propia cuenta. Las mismas vejaciones que para los granos existían respecto de las carnes y del aceite; el tribunal inspector de los víveres tasaba los ganados segun su capricho, y monopolizaba todo el aceite vendiéndolo despues caro. No había manufacturas; los derechos de introduccion sobre las extranjeras eran exorbitantes, é intenso por lo mismo el contrabando; las rentas territoriales estaban arrendadas por cuatrocientos mil escudos, aunque podían rendir sin esfuerzo el doble; y en los once años que reinó Clemente XIII se consignaron en los registros judiciales doce mil homicidios, de los cuales cuatro mil habían sido cometidos en la capital.

Algun remedio procuró poner á estos males Pío VI, pero fué ineficaz. Este papa, hombre buenísimo, elocuente, majestuoso, se complacia en mostrar estas cualidades, y confiaba en la impresion que debían hacer sobre los demas. Ya su antecesor había erigido como monumento de las bellas artes el museo Clementino; Pío lo aumentó muchísimo, le añadió tambien su nombre, que con vanidad perdonable hacia esculpir en todas partes, y confió su adorno y organizacion al eminente anticuario Ennio Quirino Visconti. Agregó tambien á San Pedro la rica y no hermosa sacristía, estendió el palacio Quirinal, mejoró el puerto de Ancona y la abadía de Subiaco, y gastó tesoros en sanificar las lagunas Pontinas, abriendo un lecho para el Amaseno y el Uffento, y ahondando el larguísimo rio Sixto, por el cual, bajando las aguas al mar, dejaron en seco los terrenos, que se adornaron entonces con las galas del cultivo. Es triste tener que añadir que esta obra, propia de un antiguo romano, estaba destinada por Pío VI á formar un principado para sus sobrinos, á los cuales favoreció de una manera desusada hacia mucho tiempo. De la política de los gabinetes entendía poco; pero no debe pasarse en silencio que en la borrasca que amenazaba, un cardenal le sugirió la idea digna de los tiempos de la grandeza pontificia, como fué la de unir la Italia en una confederacion bajo la supremacia de Roma. Sin embargo, la liga italiana inspiraba mas temor al Austria que la invasión enemiga, y la Santa Sede se veía al borde de un abismo, del cual no había fuerza humana que pudiera salvarla.

LITERATURA ITALIANA.

Tambien la literatura, retrato de la civilizacion de un pueblo, había entrado por la senda de las mejoras. En las ciencias la Ita-

lia poseía gloriosísimos nombres: citaremos solamente á los médicos Mascagni, Scarpa, Galvani; á los matemáticos Mascheroni, Pollini, Frisi, Zandrini, Lagrangia; á los naturalistas Micheli, Vallisnieri, Spallanzini, Arduino, Marsigli; á los físicos Beccaria y Volta, cuya pila cambió el aspecto de las ciencias físicas y químicas. En las bellas artes se emancipaban con noble atrevimiento del eclecticismo mezquino y de la escualida imitacion de los franceses, los arquitectos Vanvitelli, Pompelli, Cantoni; los pintores Trabbalesi y Appiani; los grabadores Bertolozzi, Morghen, Volpato; y Canova en la escultura rivalizó con los antiguos maestros del arte. Los eruditos Forcellini, Zeno, Maffei, Passeri, Mazzocchi, Lami, Sestini, el célebre arqueólogo Ennio Quirino Visconti, Muratori, patriarca de la historia italiana bastarian para dar lustre á un siglo. Otros reunían materiales para la historia; pero nos vemos precisados á confesar que se escribieron muy pocas historias que pudieran merecer verdaderamente este nombre, y las que salieron de la pluma de Dedina y de Bettinelli no tuvieron tampoco la fortuna de popularizarse.

La mezquindad ufana de la literatura del siglo XVII comunmente llamada en Italia con el nombre de *seicentismo*, se había levantado, y con especialidad por obra de los Arcades, del oprobio en que yacía; pero estos académicos, en vez de imitar á la naturaleza y beber las aguas puras é inagotables del sentimiento, se esforzaron en seguir las huellas de los escritores de los siglos XIV y XVI y principalmente del Cisne de Vaclusa y de Angel de Costanzo, y no contentándose con buscar en ellos el arte, quisieron tambien atesorar sus pensamientos y la pureza lánguida de su estilo; así que se saciaron con un clasicismo insustancial, con el aprecio de sí mismos á pesar de que no gozaban el del público, con la ambicion de usar una rima y frases muy fáciles, y con evitar aquellos modos naturales de expresar las cosas, dándose por muy satisfechos con el resultado que sacaban de su afectada fantasía, de su relamida elegancia, de su locuacidad artificiosa, de su ciencia llena de ostentacion y de su pretension frívola, que les hacia creer que podrían dar realce á sus asuntos mas pedestres y anti-poéticos solo con envolverlos en palabras retumbantes; habíase hecho de moda á la sazón lo hinchado y lo bufon, estilos entrambos muy vituperables, eran los que se cultivaban con preferencia en la literatura italiana, así como las poesías pastoriles y las jocosas, las composiciones para bodas, para grados ó para toma de hábitos; y si los vates se dejaban arrebatar del odio ó inclinar al amor en sus versos no tomaba parte el corazón, pues lo que esperaban no era un producto del sentimiento, sino de su sola cabeza. En nuestros tiempos los literatuelos adocenados empiezan escogiendo con gran sosiego juicios críticos en los periódicos; á la sazón se comenzaba por hacer colecciones de sonetos, (¡cual

de las dos profesiones es la mas vituperable!) y dichoso aquel que lograba el diploma de académico; algunos atesoraban palabras muy castizas, giros armoniosos y suaves y tambien cierta elevacion y magnificencia de prosa y armonía de verso, pero nadie de ellos poseía aquel fuego propio de la pasion y de una elocuencia real y verdadera, esto es, de aquella elocuencia que procede del alma y que nos entusiasma porque domina nuestros sentimientos. Otros á la afectacion propia de los escritores del siglo XVII, empalagosa por sí misma, oponían cierta fluidez que no era la que viene de la naturaleza; escribían largas columnas de versos en que la pobreza del arte no tenía bastante compensacion con la elegancia de las frases, y con ellos regalaban al público, y éste, á saber, los literatos académicos y cortesanos, los ensalzaban hasta las nubes para lograr cada uno á su vez semejante condescendencia. ¿Quién podría ahora hacer una lista exacta de los que en tan numeroso grey versificaron medianamente?

Carlos Frugoni de Génova, y á pesar suyo ciudadano somasco, (1692—1786) vivió siempre angustiado hasta que tuvo la fortuna de ser elegido en Parma poeta de la corte y secretario de la Academia de bellas artes, empleos que le pusieron en la situacion de finar su vida disfrutando de buenos recursos, celebrando todas las felicidades de la casa reinante, y dirigiendo los públicos espectáculos; Frugoni fué un poeta incorrecto y de pensamientos limitadamente acompañados, apreciable colorista pero adocenado dibujante, á pesar de que algunas veces se esforzaba en colocarse á cierta altura con el auxilio de una ciencia que no era suya propia, y acostumbrado á coger la pluma para tratar los argumentos que se le imponían, no se tomó nunca el trabajo de buscar la inspiracion en los asuntos amorosos, ni en los que parecían dictados por la ira, á la cual repetidas veces sirvió de instrumento. Vate de la buena sociedad, atestó sus composiciones de un gran farrago de pensamientos vulgares y de alegorías fantásticas y mitológicas, destinando sus composiciones ya á una fiesta de bodas, ya á misas nuevas, ya á grados académicos, ya á las campanas ó almireces que le molestaban con su desagradable sonido y ya á personajes bien acomodados que le obsequiaban convidándole á su mesa; y pasando su vida de esta manera, compuso mas versos que nadie, no obstante haber vivido en un siglo que merece el nombre de versificador por excelencia. El público calificó á Frugoni de jefe de una escuela de rememores de sonetos y poemistas en elogio, no tan solo de los monarcas, sino de todo el que tenía una granja, ó brindaba á sus amigos con regalados banquetes; circunstancias muy oportunas para hermanar la ambicion á una afectada negligencia y á una retumbancia muy petulante, que puede parangonarse á aquellas muñecas que colocadas en los es-

caparates de las tiendas de tiroleses, se las ve esteriormente adornadas con telas relumbra-ntes, mientras que interiormente están rellenas de estopa.

Merecen especial mención por lo mucho que entonces se habló de ellos los *versos escogidos de tres excelentes autores* [Algarotti, Frugoni, Bettinelli [1757]. Sus versos son poco menos que prosa rimada: una empalagosa y eterna repetición de fantasías vulgares y melindrosas, un farrago de palabras ociosas ó de frases antiguas, presentadas de manera que se pueden apenas reconocer, en fin, versos en que sus autores desprovistos enteramente del fuego de la pasión y del verdadero afecto, creen compensarlo todo con lo hinchado de su estilo y con adornos pueriles y circunstancias ridículas que rebajan los argumentos mas nobles. La contemplación de la bóveda ó de las vigas de su cuarto, dando alas al génio poético de Frugoni, lo inducen desde su lecho á especular sobre las razones de lo bello, cuando el criado que le entra el chocolate le distrae de su profunda meditación; Bettinelli (1), describiendo la erupción del Vesubio, inserta como episodio á los pobres ratones lanzados de sus nidos; por lo demas, es un vivo testimonio de la idea estraña que entonces se tenía del arte poético, la circunstancia de haberse brindado á Lorenzi con temas de física para improvisar; Frugoni ensartaba sesenta sonetos contra el avaro Ciaccio, y casi otros ciento contra un acreedor molesto á quien debia tres Julios; la academia de los transformados lamentaba en versos la defunción del gato de Balestrieri, y otros se combinaban entre sí para trasladar al italiano en octavas reales el Bertoldo. Pero no contentándose tampoco con esto aquella época, iba buscando entre una grey mas ínfima personas á quienes pudiese caer el honor de ser coronadas en el Capitolio, esto es, entre los improvisadores (2), como fueron entre otros muchos la Corilla olímpica y Perfetti á quien

(1) En las cartas sobre el epigrama, Bettinelli describe de un modo muy agradable una visita que hizo á Voltaire. Invitado este último por el mismo Bettinelli para que le restituyese la visita en Verona, respondió: "Comprenderéis fácilmente que se opone á mis intereses ir á un país en donde no se franquean las puertas de la ciudad á un pobre viajero, sin embargarle los libros que lleva en el bolsillo: no puedo tener el mas mínimo deseo de pedir á un fraile de Santo Domingo licencia para hablar, para pensar, para leer; y finalmente, os diré con toda ingenuidad que esa abyecta esclavitud de Italia me causa horror. La basilica de San Pedro, creo por cierto que será muy hermosa; pero me satisface mas una obra inglesa libremente escrita, que cien mil columnas de mármol."

(2) Entre éstos adquirieron celebridad Teresa Bandettine [Amarilis etrusca], Libia Accavigi, Fortunata Fantastici, el mordaz Mateo Be-

se dieron doce temas sobre las ciencias para probar la habilidad de su númen (1).

José Baretti dirigió sus tiros con energía randi, el napolitano Gaspar Mollo, que improvisaba en latin como Gagliuffi, &c [a].

(1) Muchos eminentes literatos italianos, y entre éstos Pedro Giordani, muy conocido en Europa por sus elegantes prosas, han calificado á los improvisadores de charlatanes que hablan en ritmo. Pero á pesar de que esta opinión tiene un fondo de verdad, no es enteramente exacta, y desmienten tan aventurada aserción los improvisadores sobresalientes de quienes Italia ha podido hacer alarde en todos los tiempos, y con especialidad en nuestra época.

¿Quién se atreverá á tocar con sacrilega mano los laureles que cifraron la frente de Francisco Gianni, en cuyas verdes hojas se leen aún escritas con letras de oro los nombres de las musas? *La batalla de Austerlitz, la de Jenay de Wagram*; y por último, *la Madre Hebrea*, improvisadas por Gianni, resistirán el embate de todos los siglos, por el brillo de las imágenes, por la lozania de los conceptos, por la armonía de los versos, por la robustez del lenguaje. ¿En dónde encontraremos poesías mas tiernas y delicadas, mas suave expresión de afectos, descripciones mas encantadoras y halagüeñas, que en las improvisadas por Sestini? Se repite aún con entusiasmo en Italia el *Epitafio* á la tumba de Napoleon, improvisado por Leonesi en Parma.

Merece tambien un puesto preferente en esta reseña Rosa Taddei, acreedora al fastuoso renombre de nueva Safo itálica, tanto por lo vasto de sus conocimientos y elevado númen, como por sus imágenes patéticas, suaves y melancólicas.

Finalmente, entre los improvisadores italianos irguen su orgullosa cabeza algunos poetas, que inspirados por su númen, han osado improvisar tragedias, saliendo airoso en tan arriesgada cuanto prodigiosa empresa. Nadie ignora entre

(a) Nuestro autor en esta lista de poetas bastante insulsos y que juzga con muchísimo tino, ha pasado por alto una colección de sonetos escritos por un anónimo titulada *La Cicceide*, libro muy conocido en Italia y que hizo ruido cuando se publicó por primera vez. El autor escribió tanto diluvio de sonetos con objeto de poner en ridiculo á un pobre hombre porque le prohibió la entrada en su casa, despues de haber sabido que mediaba demasiada intimidad y poco decorosa entre su mujer y nuestro autor anónimo.

Ahora nos vemos precisados á dar la explicación del título de la obra de que hemos hecho mérito. Aunque la palabra Ciccio en italiano, y especialmente en el dialecto siciliano, es un diminutivo de Francisco (Francesco) suele usarse en sentido burlesco por necio ó simple, pero siempre que quiera calificarse á un hombre con este título de una manera muy desvergonzada, significa una palabra indecencisima; así es, pues, que el anónimo queriendo ridiculizar hasta el extremo al consorte de su querida, tituló los referidos sonetos *Cicceidi*.

[Nota del traductor.]

contra esta fecundidad implacable [1716-1789]. Los editores de libros han ensalzado siempre hasta las nubes á Baretti, colocán-

los eruditos de la culta Europa las tragedias improvisadas por Tomás Sgricci, y principalmente el *Cárols*, producción dramática de que podria envanecerse con justicia el que la hubiese concebido y escrito en el silencio de su gabinete.

Cuando este hombre extraordinario, que habia asombrado al mundo por lo vasto de sus talentos poéticos, fué recibido por los aretinos sus compatriotas en el salon académico, vió colocado en frente de la puerta su busto de mármol con este letrero:

Lo fe' natura, e ne ruppe la stampa.
Naturaleza le hizo y rompió el molde.

Toda la Europa falló en favor del poeta, y declaró haber merecido tamaño elogio; pero el génio de Italia al mirar aquel letrero se sonrió maliciosamente, y para dar á conocer cuán errado estaba el juicio de los hombres acerca de su inmenso poder, presentó pocos años despues á la Europa otro célebre improvisador de tragedias, llamado Luis Cicconi, el cual no quedándose satisfecho con haber calzado noblemente el coturno, improvisó por los años de 1827 en Nápoles, en el breve espacio de seis horas, un poema, titulado *Belisario*, que repartió en cinco cantos.

Pero para dar á conocer aun mas á nuestros lectores que son muy fundadas nuestras razones, vamos á insertar á continuación la *Madre Hebrea* y el *Epitafio* á la tumba de Napoleon, traducidos al castellano fiel y esmeradamente por don Joaquin José Cervino, literato español muy conocido en esta corte; y para que aquellos que entre nuestros lectores no ignoren el italiano puedan cotejar el original y la traducción, y prodigar mayores elogios al señor Cervino, vamos á insertar las poesías mencionadas en ambas lenguas.

LA MADRE EBREA.

SQUARCIO EPICO.

Scrivi quel che vedrai, scrivi una voce
Gridò tuonando; e nel girar lo sguardo
Sprofondata città fra due montagne
A me si offerse. Lamentose è negre
Sovra mucchi d'ossami é sparsi é rosi
Tratto tratto apparian l'ombre dé morti,
E lunge in seno di squallide nubi
Arroventato calice bolliva,
Ed in esso á caratteri di sangue
Leggevasi tra il fumo: ira divina.
Non mai l'aurora boreal si tetra
A sgomentar gli attoniti selvaggi
Le rosse chiome pel bujo diffonde,
Com' ei la fiamma tremolante é spesso
Giú dagli orli piovea; tal che le nude
Ossa insepolte, é le guaste muraglie,
E sin le interne fondamenta, é tutto
Ardere á un punto, é liquefar pareva.

dolo entre los críticos notables y escritores distinguidos por su elegancia. Nuestro Baretti, natural de Turin, dió desapiadados latigazos literarios á los mezquinos y necios

Ma allorché di ribrezzo io m'arretai,
Fuor degli arsi rotami é grande é fosca
Lentamente su i pie rizosse un' Ombra.
Chiudeasi il capo in lacero velame,
Che in doppia lista discendea sul collo;
Dal vuoto fianco raggruppate, é scure
Cascavano le vesti; é scarne é torte
Per gran fame sembravan le mascelle;
E un avanzo di livide pupille
In due profonde cavità mostrava.
Essa alquanto ristette, é poi sul petto
La cadente abbassó languida testa,
E tra il velo, é le lacrime, e i capegli
Celandose la faccia, e singhiozzando
A stento incominciò: Qui fu Sionne,
L'empia Sionne, che la man crudele
Tinse nel sangue del Lion di Giuda,
Ed ebra d'iracondia il sangue stesso
Fin dal cielo chiamó, né il Ciel fu sordo;
Che con ali di fulmine discese
L'Angelo della strage, e guerra, e piaghe,
E lutto, é inopia traboccolle in seno
Con quant'altro di male aver può nome:
E poi che l'ebbe in suo furor battuta
Fra gli estinti ribelli, é il dolor vivo
Lasciolla in preda all'aquile romane.
Pur se nulla di lei pietá ti desta,
Almen compiangi un'infelice donna.
Compiangi me, che il provocato sdegno
Piu'che ogni altro colpi. Vedova e madre.
Tra questi muri in pertinace assedio,
Per lenta inedia estenuata é macra.
Ora le paglie divorando, ed ora
Ingoiando il letame inavidito,
Tentai piú volte d'ingannar la fame;
E giunto poscia il fier di'aggio á tale,
Che una metà di popolo caduta
Ad un'altra servia d'orrido pasto,
Un ferro strinsi, é disperatamente
Alzai la punta, ed invocai la morte;
Allora il figlio dalla trista cuna,
Il mio figlio vagi. L'acciar deposi,
E fra le braccia languido com'era
L'innocente raccolsi: ed egli intanto
Con le piccoli mani á gran fatica
Dal sen gelato m'arreto la veste
Poi con le labbra pallide anelando
Cupido, in vano, á ricrear si pose
Del nutrimento suo l'aride fonti.
"Ahi dura terra perché non t'apristi!"
¡Pria che di nuovo il misero piagnesse!
Torva col ferro nella man ritolto
Arsi á un tempo e gelai; ma tutta al fine
L'insurta vámpa m'offuscó la mente,
E fra il tumulto delle idee feroci
Membrando che neppur neppur ai figli
Delle inospite belve il latte manca,
Diedi un fremito eupo, i lumi chiusi,
E all'egra prole fra pietate é rabbia
Il gemito, e la gola in un troncai....
Indi smarrita nell'orror de'sensi
Immobile col pianto al cor serrato

autores de su tiempo que emborronaban papel escribiendo comedias obscenas, trage-

Come tronco restai, fin che la spoglia
Dell'esangue bambino al piè mi cadde,
E scuotendomi allor fuggir voll'io;
Ma sotto il peso delle membra afflitte
Ambo i ginocchi vacilar. ¡Me lassa!
Dallo sdegno irritata e dal digiuno,
Mangiar pensai della squarciata salma,
Onde per poco sostenermi, e viva
Offirmi al crudo vincitor d'innante,
Con la bocca, e le palme insanguinate,
E vendetta gridar, se non al cielo,
Gridar vendetta alla natura almeno.
E ven più truce per furor le tempia
Con le gelide pugna mi percossi,
E protesta nel suol co' fieri denti
Famelica le triste ossa smembraí,
Per le tremule guancie distillando
Lacrime, e sangue. Alfin tutta sentissi
Crollar dal fondo la regal cittade:
Che á vindicar del Nazaren lo scempió,
Come torrenti disarmati, e gonfi
Qua, e lá sboccar le barbare falangi,
Pul nel vedermi stupeffatte in dietro
Volser le fronti, le superbe fronti,
Che d'incontro a mill'aste, e a mille dardi
Stetter più salde. In piè sursi, e furente
Luridi, e caldi alla grand'oste in mezzo
Gli avanzi della fame e del delitto
Lanciai tre volte, ed alla terza oppressa
Caddi e spirai.... Fin qui l'ombra si dolse,
E qual nave di turbini coperta,
Che dall'onda feral rimbalza, e mostra
Or di un arbor la cima, or di una vela,
Fin che si perde nella gran borrasca:
Tal fra l'incendio vorticoso ed alto
Io la rividi, spaziar lontano;
In fin che che dentro á rosseggianti globi
Di soffiate ceneri, e di brace
Volteggiando calossi, e insiem con tutta
La portentosa vision disparve.

LA MADRE HEBREA.

CUADRO EPICO.

"Escribe lo que veas," retronando
Gritó una voz, y al revolver los ojos,
Derruida ciudad entre dos montes
Llegué á mirar. ¡Oh! Lúgubres y negras
Sobre montones de truncados huesos,
Las sombras de los muertos á intervalos
Aparecian, y en el seno oscuro,
Allá á lo lejos, de rugientes nubes
Hervia ronco del furor el cáliz,
Y con letras de sangre en él grabadas
Leíanse entre el humo: *Ira divina*.
Jamás la aurora boreal tan triste,
Para espanto de atónitos salvajes,
En lo oscuro lanzó sus rayos de oro,
Como el funesto vaso derramaba
Trémulas llamas, rebosante el borde;
Tales, que las desnudas osamentas,
Los abatidos muros, y hasta el fondo
Del profundo cimientó, parecían

días vulgares, críticas pueriles, disertaciones fútiles, novelas estravagantes, enteramente

Arder con furia y derretirse á un tiempo.
Mas al volver de mi terrible espanto,
De entre humeantes carbonos, hosca inmensa,
Lentamente ¡qué horror! se alzó una sombra.
Ceñía á su frente desgarrado velo
En giron doble descendiendo al hombro,
Del fantástico talle en negros pliegues
La túnica pendía, macilentas
Como por hambre atroz ambas megillas,
Y las pupilas moribundo rayo
En dos profundos cóncavos mostraban.
Paróse un tanto, suspiró, hácia el pecho
La débil inclinó lánguida frente,
Y entre el velo, y las lágrimas y crenchas
Ocultando la faz; y entre sollozos,
Dió la voz del dolor al vago viento:
— "Aquí estuvo Sion, Sion la impia,
Que la mano sacrilega y nefanda
Del leon de Judá tiñó en la sangre
Que clamó al cielo, y escuchóla el cielo:
Pues descendiendo el ángel de esterminio
En las alas del rayo, guerra y muerte,
Miseria y luto derramó sobre ella.
Con las mil plagas del furor divino,
Y abatida al rigor del crudo empuje,
Entre exánimes hijos y ansias vivas,
Dióla en pasto á las águilas romanas.
¡Ay! si por ella compasion no sientes,
Llora á lo menos mi desgracia cruda:
Llora por mí, que la invocada ira
Sufri mas que otro alguno. Viuda y madre,
Dentro á estos muros en tenaz asedio,
Por lenta inedia, débil y estenuada,
Ora las pajas devorando, y ora
Tamo sucio engullendo y asqueroso,
Quise mil veces apartar el hambre;
Y llegada á tal punto el ansia fiera
Que una parte del pueblo ya sin vida
A la otra daba nutrimento horrible,
Un cuchillo empuñé: desesperada
Alcelo, relumbró, llamé á la muerte....
Entonce el hijo, desde triste cuna,
El hijo ¡oh Dios! lloró. Tiré el acero,
Y lánguido en mis brazos temblorosos
Estreché al inocente, que al momento
Con la pequeña fatigosa mano
Mi veste separó del seno frio,
Y con el labio pálido, anhelante,
Avido ¡en vano! á rebuscar lazoóse
De su alimento las cegadas fuentes;
¡Oh tierra, tierra, sin abrirte al punto
Antes que el infeliz tornase al llanto!
Torva; el puñal en la vibrante diestra,
Ardi y heléme á un tiempo: mas de pronto
La razon me ofuscó súbita llama,
Y en el tumulto de hórridas ideas,
Recordando que nunca ¡ay! los hijuelos
De la tigre mas fiera exhausto hallaron
El seno de su madre, convulsiva
Cerré los ojos, lancé un rugido,
Y al semi-vivo infante en rabia y duelo
De gemido y de vida despojele.
Muda de horror, impalpante, inmóvil,
Cerrando al llanto el corazon mezuino,

insustanciales y que carecian de todas las

Como estatua quedé, cuando los restos
Del niño exangüe ante mis piés rodando
Miré, y huir en el momento quise;
Mas bajo el peso de miserias tantas
Temblaron mis rodillas, ¡y no pude!
Con la rabia, frenética, y el hambre,
Los hórridos despojos comer quise,
Y no morir tan pronto, hasta que viva
Lanzarme al crudo vencedor pudiera,
Ambas manos sangrientas y los labios,
Y si no al cielo, á la natura absorta
Gritar ¡venganza! con feroz acento.
Pero aun la frente en mi furor horrible
Con las heladas palmas golpeando
Por el suelo arrastréme, y con los dientes
Frenética rasgué queridos miembros,
Las trémulas mejillas destilando
Gotas de sangre y lágrimas. Del todo
Vi por fin retremblar la ciudad régia;
Porque á vengar el deicidio horrendo,
Como torrentes desbordados, crudas
Saltaron por do quier huestes feroces
Que al verme, estupefactas retornaron
La frente á un lado, la soberbia frente
Que impávida mostraron ante el brillo
De lanzas mil y flechas. De pié, en tanto,
Cárdenos, tibios, á la gran falanga.
Del hambre y del delito los despojos,
Tres veces arrojé, y á la tercera
Espirante cedi...." Calló la sombra,
Y cual nave entre recios torbellinos,
Que en el onda feral zozobra y muestra
Ya de un mástil la cima, ya una lona
Hasta perderse en la tormenta horrible;
Así en el cráter del voraz incendio
La vi dos veces estenderse muda,
Hasta que al fondo de purpúreos globos
De cenizas volátiles y ardientes
Despeñada calóse, y al momento
La vision portentosa huyó con ella.

EPITAFFIO.

A LA TOMBA DI NAPOLEONE.

Sotto un piangente salice
giace di Cirna il forte;
impallidi la morte,
quel colpo nel vibrar.
Penden da un elce squallida
l'armi del gran guerriero,
l'asta, il regal Cimiero,
il portentoso acciar.
A pié del marmo l'aquile
or fanno triste il nido;
bagna il deserto lido
di lagrime l'onor.
L'eco da' gioghi sterili
di gloria ai lai risponde,
l'urna rispettan l'onore
pietosamente al suo valor.
Se tocca un pin lo scoglio,
che l'océan rinserra
bacia il viator la terra,
va il sasso á venerar.
— HISTORIA.— 35.

cualidades las mas pequeñas que pudieran

Dalla sua man, di un arbore
nella corteccia scritto
si legge: *il mio delitto
fu solo il perdonar.*

EPITAFIO.

EN LA TUMBA DE NAPOLEON.

Bajo de umbroso sauce
yace de Cirna (a) el fuerte:
tembló la propia muerte
tal golpe al descargar.
Penden de rama escuálida
armas del gran guerrero;
su portentoso acero,
su lanza singular.
Al pié del mármol águilas
forman mansion sencilla,
dan á la triste orilla
lágrimas por honor.
El eco de los páramos
con voz de gloria aun zumba;
y el mar de aquella tumba
respetta y su valor.
Si llega al pio escollo
que el Océano encierra,
besa el criador la tierra,
corre el sepulcro á ornar.
Y al tronco de los árboles
su mano dejó escrito:
*viandante, mi delitto
fué solo el perdonar.*

Si quisiéramos ahora blasonar de eruditos, podríamos hablar de un crecido número de poetas italianos que han improvisado versos en la lengua de Horacio y Maron, dignos del siglo de Augusto. Pero conociendo que semejante trabajo seria inoportuno para una nota, nos limitaremos á hablar solamente de dos improvisadores latinos, que florecieron en el reino de las Dos Sicilias á últimos del pasado siglo. El uno es Ignacio Pilo, conde de Marineo, palermitano y el otro el abate Capasso, natural de Nápoles. Para que nuestros lectores puedan comprender lo que vamos á contar, nos encontramos precisados á traducir al castellano un refran, que la gente baja repite á cada paso en Sicilia, para expresar la molestia que le ocasiona el retardo de alguna cosa esperada. He aquí el refran. *Los que están en su techo y no duermen, los que se sientan á la mesa y no comen, los que esperan á quien no viene, sufren tres penas mortales.*

El principe de Campofranco, gran improvisador, que florecia á la sazón, estaba en un dia de solemnidad, rodeado de un número selecto de amigos, que esperaban el momento de asistir á un regalado banquete; pero éste se retardaba, porque uno de los comensales mas distinguidos no aparecía aún; cuando el principe de Campofranco dirigiéndose á su comitiva, improvisó el mencionado refran en dos lindisimas estrofas italianas que hicieron retumbar la sala con repetidos aplausos. Ufano el principe de Campo-

[a] Córrega.

halagar ó hacerlas aceptables para los lectores de buen sentido y para su patria (1).

franco con su triunfo, dijo al conde de Marineo, que estaba á su lado: *Y tú, hijo primogénito de las musas latinas, improvisa ahora en su lengua, lo que he dicho en italiano.* Apenas habia pronunciado Campofranco las últimas palabras de su amistoso desafío, cuando Marineo improvisó el mismo refrán en este solo verso.

Cœna vacans, torus insomnis, mora inutilis angunt.

Este solo verso, sin contar los muchos que improvisó en otras oportunidades nuestro ilustre vate, basta para formar su completo elogio.

(Nota del traductor.)

[1] José Baretti es un escritor fácil, sencillo, y á veces muy elegante, pero poco profundo y muy amargo en sus críticas. Este ilustre italiano tenia una prodigiosa facilidad en aprender á hablar y escribir los idiomas extranjeros. En efecto, manejaba con soltura el inglés, el francés, el español, y tambien el portugués. Dice en una de sus cartas: "No he querido nunca tratar expr. feso de cosas políticas en mis escritos, porque no quiero que nadie turbe mi tranquilidad y mi reposo." Este pensamiento es muy bueno y tiene sus ventajas; pero Baretti se desquició de su moderación política contra los parteculares, pues mientras que pretendia ser dejado en paz por los gobiernos, se arrojaba como un hidrófobo, y muchas veces injustamente, contra los autores de su tiempo. En prueba de ello podemos citar varios artículos que publicó contra un pobre fraile, conocido en Italia con el nombre de Agatapisto Buonafede, autor de una historia de filosofía y de otras obras bastante regulares; y sus artículos escritos con pluma empuñada en hiel contra el tan célebre Carlos Goldoni, poniéndolo en un continuo paralelo con Carlos Gozzi, escritor dramático, el cual, á pesar de que tiene muy buenos arranques, y alguna chispa de genio, no es comparable por ningún estilo con Goldoni, que ha sido proclamado con justicia, así por sus connacionales como por los extranjeros, el primer autor dramático de la Italia moderna, mientras que las comedias de Carlos Gozzi son casi todas fantásticas, fabulosas é inverosímiles. Sin embargo, no podemos menos de confesar que Baretti salpica muchas veces su censura con chistes y cierto aticismo muy propio de un escritor que se ha educado entre los buenos libros y una sociedad escogida. Es una de sus críticas muy notables, la que escribió contra cierto autor desconocido en la república de las letras, llamado señor Magellano, el cual dió á luz un libro, en que se manifiesta contrario al matrimonio, proclamándolo injusto, abusivo, &c. En esta circunstancia, Baretti empuñó las armas de la crítica con una gracia y ligereza dignas de un filósofo que sabe hermanar la elegancia con los sanos principios de un esquisito sentido común. Es cierto que algunas veces sus críticas lo dan á conocer por hombre muy ajeno á las doctrinas sólidas y altamente científicas, y otras

por hombre que se deja llevar por la ira ó por un espíritu de parcialidad; pero sea lo que fuere, conserva siempre mucha viveza y chistes á propósito en el curso de su elocución. En fin, José Baretti fué un buen crítico, pero salió mas airoso en sus artículos contra los escritores adocenados, que en los que publicó contra autores cuyas obras eran profundas á pesar de todos sus defectos. Cuando se trataba de escribir un artículo contra el mencionado Magellano, contra el abate Chiari, que publicó cerca de cuarenta tomos, ó algo mas, de comedias, novelas, poesías, &c., ó de otros autores por el estilo, entonces José Baretti lucía sobremanera en sus artículos; pero cuando se trataba de emitir un juicio crítico sobre el libro *De los delitos y de las penas*, ó cualquiera otra obra grave, nuestro crítico hablaba mucho y desatinaba mas, sin tocar el verdadero punto de la cuestión, porque no tenia alcances para tanto.

Su principal producción, á que alude nuestro autor, y sobre la cual nosotros hemos hablado hasta ahora, es su *Frustra literaria* [largo literario], ó colección de artículos críticos sobre varias obras nacionales y extranjeras. Baretti en esta obra se titula á sí mismo Aristarco scannabue [Aristarco, matabueyes], y en la introducción y en varios de sus artículos, con chistosos rodeos introduce tambien un personaje alegórico que titula Masticaforo, y á quien supone cojo por haber perdido una pierna, substituyéndola con otra de madera, por lo que le llama *gamba di legno* [pierna de madera].

Antes de concluir esta nota, referiremos un hecho bastante notable con respecto á Baretti. Nuestro crítico despues de haber leído el Ensayo sobre la Epopeya, publicado en idioma inglés por Voltaire, escribió una carta, en la cual demuestra casi hasta la evidencia, que aquel ensayo no salió de la pluma de Voltaire en inglés, y que fué una vana jactancia del filósofo de Jarnay el haberlo publicado en un idioma que no era el suyo, con objeto de engañar al público, y no contentándose con esto, sujeta tambien á una crítica muy severa dos cartas que Voltaire escribió en italiano á Carlos Goldoni, dand. á conocer que entrambas estaban atestadas de errores gramaticales.

(Nota del traductor.)

lerar en buena paz la armoniosa y hueca elegancia del padre Robert! Rezzonico, sucesor en la escuela frugoniana, á pesar de que se ligó en amistad con los varones mas ilustres de su tiempo, tanto nacionales como extranjeros, ¡qué buen fruto sacó de ellos! Una poesía que no era sino una escuálida imitación de otros poetas que merecian tambien la nota de malos imitadores; así que su prosa fué insulsa é incorrecta, adornada con espresiones campanudas y petulantes. El conde Algarotti (1712-1764) consiguió durante el curso de su vida un sinnúmero de triunfos, unos tras otros; en París los doctos le recibieron con gran festejo; Augusto III de Sajonia le encargó de formar una colección de cuadros escogidos para su galería; Federico II de Prusia quiso tenerlo á su lado en viajes y orgías; los filósofos le colmaron de elogios; sin embargo, este autor escribiendo seguia las huellas de sus contemporáneos; usaba de frases huecas que tenian únicamente un barniz exterior; limaba sus versos y los incrustaba con palabras lindamente prosáicas, pero sin refundirlas y atendiendo siempre á la impresion que producirían; no lucieron nunca en sus escritos los sentimientos apasionados, la robustez de la espresion y la eficacia de la concision. Escribiendo de viajes, á pesar de que las impresiones personales que suelen escitar dejan siempre una disposición agradable, nos dejó relaciones escualidas y frias, salpicadas con reflexiones insustanciales, y con muchas citas colocadas precisamente en donde el lector podia esperar que informase á sus compatriotas de lo que era mas oportuno, esto es, de las ideas, de las costumbres, de la marcha progresiva de los pueblos, para que pudiese el autor comparar el estado de los países que habia recorrido con aquel de su naciór, ó para complacerse ó para mejorarla; en fin, todos los escritores de la época á que aludimos, sustituan los vivos y puros colores de la inspiración con frases afectadas, con palabras relamidas y con aquellos lunares que solian en otro tiempo servir de adorno á la cara.

La elocuencia del púlpito se habia amoldado á la misma escuela y se esmeraba en ampliaciones laboriosas de sentimientos triviales que dejaban helado el corazón, la mente sin convicción de ninguna especie, y la voluntad en un estado de absoluta indiferencia, reduciéndose todo á palabras armoniosas, amontonadas unas sobre otras, á oraciones afectadas y á exclamaciones repetidas que no tenian ni siquiera el fondo de aquella melancolía evangélica que constituye este género de elocuencia, y de aquel estilo tan propio de las santas Escrituras que evidencia al pueblo la palabra de Dios con dignidad tranquila y familiar.

¡Qué dilatado campo habria tenido Baretti para cortar de raíz los vicios, si no se hubiese limitado en el estrecho círculo de una crítica que se dirigia únicamente á la forma

mas bien que á la sustancia de las obras, si hubiese comprendido la importancia de la franqueza y de la sinceridad en el arte, si á su intencion siempre sensata hubiese hermanado sentimientos elevados, miras estensas y esas inspiraciones patrióticas que hacen desplegar con fuerza las alas! Pero cuán novicio no se muestra! ¡Cómo desprecia lo que no llega á comprender! ¡Cómo se detiene en las bellezas puramente de forma, hasta el punto de no ver mas en el libro de los *Delitos y de las penas* sino "una cosaza escrita en un estilo muy bastardo!" ¡Cómo abusa de las armas de una befa trivial contra ilustres varones que le sobrepujan en gran manera! ¡Con cuánta violencia no se entrega á las pasiones de la ira y de la envidia! y estas fueron las que lo llevaron hasta el exceso de declarar una guerra á muerte á Carlos Goldoni.

Han sido pocos los hombres á quien la naturaleza ha prodigado tantas dotes como al abogado veneciano Carlos Goldoni (1707-1793); pero no se esmeró en cultivar sus buenas disposiciones y le acarreo tambien perjuicio el ser veneciano, porque en aquel país no era permitido elevarse á las regiones de la política, pues que un noble con tal que se creyera ofendido, podia esterminarlo sin hacer muchos esfuerzos. Por lo demas, es de considerar que el teatro era una posesion de los empresarios anhelosos de atraerse la muchedumbre dando un aliciente á sus gustos, por lo que en esta parte se experimentaban aun mas los funestos perjuicios que median entre los literatos y el pueblo cuando están fatalmente divorciados. Los literatos escribian comedias frias y con un arte que parecia convencional entre sí; éstas, que nadie leia, si se presentaban eran siempre soporíferas; así que, al pueblo le proporcionaban pasto teatral personas que tenian oficios muy distintos, dando formas dramáticas á temas cuyos diálogos improvisaban los mismos actores valiéndose de las máscaras [1] y de caracteres genéricos buenos para cualquiera representación. Los actores pertenecian á la clase de los sastres, de los zapateros, ó de los tejedores que por la noche se disfrazaban en Niños ó Arbaces. En este arte descollaron y se granjearon gran renombre las máscaras de arlequines; Ciarlone, mercader de sedas, natural de Nápoles, inventor de las máscaras de polichinela y del doctor Dastidio, hizo un sinnúmero de estas comedias formadas á retazos, y atestadas de chistes, sátiras, bufonadas prodigadas á manos llenas, y alusiones deshonestas sostenidas en actos eternos con transformaciones visibles y escenas entremezcla-

[1] Estas comedias improvisadas se titulaban en Italia, *commedie á braccio* (comedias á brazo) lo que significaba que los actores tomaban de improviso la actitud de cualquier personaje.

(Nota del traductor.)